

El “cacerolazo”: la protesta de la clase media

Sobre la mesa de la cocina de la familia Aceto, en La Plata (Buenos Aires), yacen dos cacerolas con sus respectivas tapas y una sartén. Todas están completamente abolladas y deformadas. Lo normal es que su destino fuera la basura, ya que están totalmente inutilizables, aunque “no sabemos cuándo las tendremos que volver a usar”, dice Mercedes, la dueña de casa. Y no será para cocinar, sino para golpearlas en un nuevo “cacerolazo”, similar al que tuvo lugar esa misma tarde en las calles de aquella ciudad cercana a la capital. Pero, ¿qué es un cacerolazo? Acompáñanos a descubrirlo...

Inseguridad, corrupción, inflación, bajos sueldos, impunidad, desnutrición y analfabetismo son problemas que tienen cansados a los argentinos. La gente se manifiesta a través de movilizaciones sociales que suelen ser de carácter reivindicativo, pero también tienen un trasfondo político y social. Otras veces, se reclama justicia, se defiende una idea o determinados intereses. Los cacerolazos no son la excepción. Sólo que este tipo de manifestación busca llamar la atención mediante el ruido.

“Queremos que nos escuchen de una vez por todas. Con este ruido de cacerolas seguro que nos oyen”, decía Mercedes Aceto después de ese cacerolazo. Con una frase resumía sus principales preocupaciones y las de otras personas de su misma condición social: “Acá no hay ideologías políticas, somos gente que trabajamos, tenemos un negocio y nos sacan casi la mitad en impuestos”.

Los Aceto son una familia de clase media que en los últimos años ha visto reducido de forma sostenida su poder adquisitivo. Los cada vez más altos impuestos y otras medidas económicas de distintos

gobiernos terminaron por indignar a esta familia que hasta hace 12 años nunca había participado en una manifestación.

La primera vez que lo hizo fue para el famoso “**corralito**” de 2001. Desde entonces han sido cada vez más frecuentes sus participaciones en cacerolazos. “Nosotros siempre trabajamos honradamente para ganar nuestro dinero, para llegar a fin de mes y para darnos algún gusto cada vez que fuera posible. Pero cuando te asfixian cada día más, llega el momento en el que uno explota y dice basta”, afirma Mercedes.

Así, el cacerolazo es una forma de protesta que consiste en salir a la calle con cacerolas, sartenes, cucharones o cualquier utensilio de cocina que sirva para hacer ruido. Estos elementos se golpean como un tambor, utilizando las tapas de las ollas como platillos. Este tipo de “crítica sonora” se ha vuelto cada vez más habitual en Argentina durante la última década.

¡Muchos decibeles!

Lo de hacer ruido en las manifestaciones no es novedoso, pues siempre se ha hecho con bombos, pitos o megáfonos. Pero



sí lo es el uso de estos instrumentos que simbolizan lo espontáneo de este tipo de protesta: utilizar lo que esté más a mano en la casa y que sea capaz de generar muchos decibeles. Al menos así surgieron los cacerolazos de finales de 2001, ya que hoy son en su mayoría organizados previamente, tras haberse adoptado como un modo más de protesta.

Si bien nació en Chile (ver recuadro), actualmente es en su vecino país donde el cacerolazo tiene más popularidad. En Argentina tenía antecedentes aislados en las décadas de los ochenta y noventa, aunque se generalizó con el mencionado corralito. A ello se sumó la declaración del estado de sitio por parte del gobierno por los saqueos a supermercados y otros comercios.

La indignación llevó a la población a lanzarse a las calles para protestar. El cacerolazo, surgido de forma espontánea, fue una de las formas más comunes de expresar el descontento, junto con los apagones y bloqueos de calles. Los cacerolazos acompañaron a las numerosas movilizaciones, mientras que otras veces surgían por sí solos, con cientos de vecinos que se reunían y salían de sus casas golpeando cacerolas hasta formar una verdadera orquesta multitudinaria. Estas protestas, junto a distintos desmanes públicos, acabaron con el gobierno de **Fernando De la Rúa**.

Lucha por el cambio

Según Roxana Telechea, socióloga y miembro del Centro de Investigación y Estudios en Ciencias Sociales de Argentina, ese movimiento social fue

promovido por lo que ella llama “pequeña burguesía”, que llevaba veinte años de lucha “contra el cercenamiento de sus derechos civiles y la expropiación capitalista, consecuencia de la concentración y centralización del capital operada en ese periodo”.

La investigadora cree que ese sector adoptó “diferentes estrategias y métodos hasta culminar en un acercamiento con la clase obrera”, y que “la lucha de piqueteros y la protesta con cacerolas coinciden en el reclamo por un cambio político mediante los métodos de los primeros”.

Telechea cita diversos antecedentes de cacerolazos durante la década de los noventa, por lo que rechaza que este modo de manifestarse en Argentina haya surgido en diciembre de 2001. Afirma que “el cacerolazo aparece como forma de protesta de la pequeña burguesía y se amplía hasta convertirse en un método de oposición al gobierno en todos los aspectos”.

“A mí me da lo mismo que gobierne uno o el otro, pero que gobierne bien”, asegura Marta Bazán, vecina de Mercedes Aceto, quien ha estado con ella en diferentes cacerolazos. “Nosotros somos jubilados y mi marido gana 1.600 pesos (unos 320 dólares). Tenemos que pagar muchas cosas y no podemos. Y además no hay seguridad, no podés salir a la puerta de tu casa”.

Símbolo de resistencia

Para Roxana Telechea, lo que empezó como protesta relacionada con asuntos económicos (desocupación, recortes salariales y reducción de la capacidad de



consumo), se terminó trasladando a lo político abarcando también la corrupción, los asesinatos impunes o los atentados.

Aunque muchas veces se organizan con antelación, entre las principales características del cacerolazo está la espontaneidad de su convocatoria. En cualquier momento, una medida impopular del gobierno o una noticia de corrupción puede dar lugar a que un grupo de ciudadanos, autoconvocados por mensajes de teléfono celular o correo electrónico, salgan a la calle. La idea: golpear enseres de cocina con la intención de hacerse oír y demostrar su descontento.

“Por lo general hay un hecho concreto que actúa como disparador, pero suele ser la gota que colma el vaso para los integrantes de una sociedad harta de ser siempre la perjudicada, mientras unos pocos acumulan poder o fortuna”, asegura.

La cacerola se ha convertido en Argentina no solo en un instrumento de protesta, sino en un símbolo de resistencia cívica que incluso se utiliza a modo de advertencia hacia la clase política. El más claro ejemplo de ello se ve en el **Monumento a la Cacerola** inaugurado en 2002 en San José de Jáchal, provincia de Santa Fe, en cuya placa reza la leyenda: “Funcionario, la cacerola vigila”.

Read the article and listen to it online:

DEUTSCH

[http://www.teatime-mag.com/
magazines/68-de/](http://www.teatime-mag.com/magazines/68-de/)

ESPAÑOL

[http://www.teatime-mag.com/
magazines/68-es/](http://www.teatime-mag.com/magazines/68-es/)

FRANÇAIS

[http://www.teatime-mag.com/
magazines/68-fr/](http://www.teatime-mag.com/magazines/68-fr/)

